

NUEVA EVANGELIZACIÓN, NUEVA CATEQUESIS

El servicio catequético del sacerdote



FRANCISCO-JULIÁN ROMERO GALVÁN
Licenciado en Teología Catequética, profesor
de Catequética y delegado episcopal para la Catequesis
de la Archidiócesis de Mérida-Badajoz

En esta sociedad de hoy, profundamente secularizada, el mandato misionero sigue más vigente que nunca para la Iglesia. El actual momento histórico reclama una nueva evangelización, que pasa también por una nueva catequesis. ¿Cuál es el servicio que, según la tradición y el magisterio, puede y debe prestar el sacerdote ante ambos desafíos? A esta y otras cuestiones tratan de responder las páginas que siguen, una invitación a impulsar un nuevo paradigma de la catequesis que sea un auténtico itinerario de fe.

Urgidos a proclamar el kerigma

Pretendo abordar uno de los temas que, según mi parecer, es de gran importancia para la Iglesia universal en este momento histórico: la nueva evangelización. Además, quisiera añadir a este asunto de gran calado otros que son parte de él: la nueva catequesis y el servicio que en ambas realidades debe ejercer el sacerdote según la tradición y el magisterio de la Iglesia.

Nuestro Señor Jesucristo, antes de subir al cielo, encomendó a la Iglesia la tarea de continuar con su misión, prometiéndole su presencia hasta el final de los tiempos: *Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras: "Dios me ha dado autoridad plena sobre el cielo y la tierra. Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo"* (Mt 28, 18-20). Desde entonces, la comunidad eclesial ha sido fiel a este mandato de su Señor.

Por la consagración bautismal, el cristiano recibe el imperativo de anunciar la verdad del Evangelio con la palabra y el testimonio de su vida. Cada uno de los miembros de la Iglesia

debe hacerlo según su capacidad, su carisma y sus cualidades personales. Los laicos lo harán en medio del mundo, los religiosos testificando con sus vidas la radicalidad del Reino, los sacerdotes como pastores de la comunidad cristiana. Todos como miembros de la misma Iglesia, que se sabe evangelizadora y que evangeliza, porque en ello está en juego su propio ser.

El mandato misionero sigue vigente para la Iglesia de hoy en esta sociedad profundamente secularizada y relativista, diseñada de espaldas a todo lo cristiano y trascendente, con un profundo vacío en el corazón del hombre y, en muchos casos, carente de sentido...; en esta realidad, la Iglesia debe proseguir con su misión evangelizadora, comenzando en el seno de la propia comunidad eclesial, donde muchos de sus miembros no están suficientemente iniciados en la fe o viven alejados de Dios y de las prácticas religiosas. Debe dirigirse, al mismo tiempo, a aquellos que no conocen a Dios y no creen en Él.

Pero, también, esta Iglesia que debe continuar la misión de Cristo ha de enfrentarse a diferentes problemas, uno de los cuales es una fuerte sequía vocacional al ministerio sacerdotal, donde escasean tanto los sacerdotes

seculares como los religiosos, causando esta situación deficiencias serias en la vida de las comunidades eclesiales. Debido a esta falta de vocaciones, los sacerdotes han de asumir hoy más tareas pastorales. Esta acumulación de tareas puede llevarles, en su existencia personal y en el ejercicio de su ministerio, a la dispersión y al cansancio paulatino, provocándoles el desencanto y la desilusión. Por todo ello, creemos necesario y urgente actualizar las funciones propias que los sacerdotes deben ejercer en el ministerio de la Palabra y que son consustanciales al sacramento del orden recibido. Si concretamos las tareas esenciales que todo sacerdote debe realizar en el ejercicio de su ministerio y eliminamos lo que no le es propio, podremos ayudarles a vivir con mayor serenidad y gozo su ser sacerdotal y su ministerio pastoral.

Decía el cardenal **Cláudio Hummes**, prefecto emérito de la Congregación para el Clero, en unas palabras que dirigió a los delegados de Catequesis de las diócesis españolas en las Jornadas de delegados diocesanos de Catequesis de 2008, que la relación del presbítero y la catequesis se ha olvidado y se ha descuidado en los últimos años. Si el tema catequético estuvo muy vivo en la vida de las comunidades cristianas en las décadas de los 80 y 90, hoy parece que está languideciendo, tomando mucho más auge todo aquello que tiene que ver con la vida interna de la Iglesia. Pero fuera –decía él– espera un mundo que precisa la Palabra de Dios, el anuncio del Dios de la salvación y al cual hay que responder con la fuerza y la ilusión de siempre. Por otra parte, señalaba, se observa un cierto desánimo en los pastores y catequistas, que, poniendo esfuerzo, energías... en el proceso catequético, ven cómo los que participan de él no son realmente iniciados en la fe y en la vida cristiana. Además, hoy –añadía–, hay muchos sacerdotes que demandan cuál es



su papel como pastores en la tarea catequética, pues desean dedicarse con acierto a este ministerio fundamental en la Iglesia¹.

La Iglesia afronta en estos momentos una crisis de la catequesis, pues esta no llega a conquistar los objetivos de iniciación en la fe y en la vida cristiana que les son propios. Estamos queriendo impulsar un nuevo paradigma de la catequesis que sea un auténtico itinerario de fe para aquellos que participan en ella. Un tiempo en el que se fundamente la fe, se transmita la Tradición viva de la Iglesia de manera sistemática, orgánica e íntegra y se ejercite al catequizando en la vida cristiana. Una catequesis que cumpla con la tarea de enseñar, celebrar, vivir y orar la propia fe.

La realidad descrita debe urgirnos al trabajo evangelizador llenos de esperanza, pues si otros muchos sacerdotes, religiosos y laicos se empeñaron y consiguieron formar nuevos creyentes en tiempos de profunda crisis culturales y sociales, a la vez que renovaron con su actuación la vida de santidad de la Iglesia, nosotros también podemos hacerlo en esta realidad histórica en la que vivimos, guiados por la fuerza del Espíritu Santo.

EL MUNDO EN EL QUE NOS HA TOCADO VIVIR

La Iglesia debe llegar al corazón del hombre de nuestro tiempo y anunciarle el tesoro que posee, que es Nuestro Señor Jesucristo, para que acogiendo el mensaje evangélico y haciendo un proceso de conversión, el hombre de hoy pueda vivir la vida en plenitud.

Vivimos en una sociedad² donde la ciencia y la técnica realzan de un modo unilateral la razón positiva del hombre, reduciendo, en definitiva, la potencialidad de la razón humana y haciéndole creer que esta razón positiva es el supremo y único valor. La ciencia, lo empírico y su método de conocimiento son la medición de toda la verdad. De todo aquello que no sea verificable según el método científico no podemos afirmar que sea



garantía de verdad. De esta manera, el conocimiento de la verdad de la fe se infravalora y se afirma su contraposición con la razón, como si fuesen dos realidades plenamente contrarias e irreconciliables. Esa sobrevaloración de la razón positiva hace que el hombre, entre otras causas, se sienta la medida de todas las cosas, que crea que puede hacerlo todo por sí mismo, que se considere –desde su autonomía– dueño de sí mismo y del mundo. El hombre siente el deseo de ser dios y de quitar a Dios de su horizonte.

Hoy la libertad es estimada como un gran valor, y la sociedad se muestra muy celosa de ella. Una libertad que, en su forma mal entendida, lleva a una excesiva tolerancia, donde todo es posible y todo vale; a un pluralismo; a un relativismo que hace de la verdad un valor provisional y caduco; a un hedonismo en el que se busca el placer a costa de lo que sea sin respetar a nada ni a nadie. Estamos inmersos en

una cultura que no acepta los grandes valores de carácter universal y estable y en la que se rechaza lo permanente de los mismos. Por otra parte, a la vez que se afirma la dignidad de la persona humana, se viola la vida de las personas por las guerras, el aborto, la eutanasia, el hambre... Vemos que hay también una mayor sensibilidad por los derechos humanos, por los derechos y dignidad de la mujer, una preocupación por la ecología, por la conservación de la naturaleza.

Vivimos sumergidos en una realidad social en la que la soledad es el mal endémico que padecemos. Los medios de comunicación social y las nuevas tecnologías son los nuevos areópagos donde la gente acude para comunicarse. Allí se encuentra la noticia rápida y la información al instante.

La crisis económica está siendo expresión de la enfermedad interna del hombre, que manifiesta que lo material, el placer, la verdad a medias, la búsqueda de una libertad que esclaviza y el vivir sin buscar lo trascendente, está minando el corazón del ser humano y está abriendo nuevos caminos para la búsqueda de Dios.

Pero, por encima de todas sus conquistas, de todos sus logros, el hombre se enfrenta al drama de su vacío existencial, de la pérdida de sentido, pues está perdiendo la capacidad



de preguntarse por el sentido último de la vida y de su origen

El secularismo ha puesto su tienda en esta sociedad occidental y hace que todo lo que pueda ser religioso deba ser llevado a la esfera de lo privado. La religión no puede ni debe tener –se opina– manifestación pública de sus convicciones. Por otra parte, los cristianos que han de vivir en este mundo secularizado y mordaz ante lo religioso, aunque están bautizados, no han sido iniciados suficientemente en la fe y en la vida cristiana y, por carecer de la necesaria formación, no son capaces de dar razón de su esperanza. Otros muchos bautizados dicen no ser practicantes y viven alejados de la Iglesia, prescindiendo de Dios y de la salvación eterna. Es cierto también que pujan con fuerza desde la base cristianos militantes que procuran vivir su fe y ser testigos del Dios vivo en medio del mundo. Por todo ello, es preciso –como señalan **Juan Pablo II** y **Benedicto XVI**– que impulsemos una nueva evangelización que vaya dirigida tanto a los creyentes que viven en las comunidades cristianas como a los no creyentes. Ante una nueva cultura, una nueva evangelización, pero hacia dentro y hacia fuera de la Iglesia. Este es el gran reto que hoy se le presenta a la Iglesia y que necesita la creatividad suficiente para afrontarlo con éxito.

Es urgente y necesario que en la Iglesia surja la inquietud de volver a anunciar el Evangelio a todos los que, viviendo en su seno, no están plenamente convertidos al Señor, no están seguros de su fe o están solicitando una renovación de su vida en la que es preciso que surja realmente un verdadero encuentro con Jesucristo. La Iglesia debe esforzarse por anunciar sin miedos ni complejos a Jesucristo como salvador del hombre, como modelo de plenitud de vida y como horizonte de sentido de toda persona. El encuentro con Jesucristo y la fe que es parte de este, como don y gracia de Dios, ha de ser el principal objetivo de los planes pastorales de la Iglesia hoy. En los tiempos en los que vivimos se exige una mayor fuerza misionera en los cristianos, que, identificados con Cristo y con la Iglesia, transformen el mundo y testimonien la verdad de la fe

que profesan, vivan de la oración, de la celebración de la Eucaristía y de los demás sacramentos, de la escucha de la Palabra, del ejercicio del bien y de la caridad... No debe la Iglesia hacer otro esfuerzo que el anuncio de Jesucristo por el testimonio vivo y radical de sus miembros, especialmente en los ámbitos en los que la fe es difícil que se suscite, como son el mundo de la cultura, de la política, de la familia, de la economía, en los medios de comunicación social.

Ante un mundo en el que el hombre busca llenar su vacío existencial y desea alcanzar la verdad que le salve, la Iglesia ha de saber hacer entrega de la verdad que el Señor le dejó y que es la verdadera salvación del hombre. Para ello es preciso que sus miembros se formen más y mejor y puedan dar razón de su fe a todos, contribuyendo de esta forma a evangelizar, misión y tarea esencial de la comunidad eclesial.

Estamos invitados a superar la desesperanza y el cansancio, a poner nuestra mirada en Cristo y a fundamentar más teológicamente nuestro quehacer pastoral, con la llamada especial a ser conscientes de la secularización interna de nuestras comunidades y de los cristianos. Esta es la cuestión clave, ya que esta secularización puede llevar a reducir el hecho cristiano a los valores dominantes, a una vivencia de la fe en

la que se pierda el aliento espiritual y en la que Cristo sea un modelo moral pero no el salvador. Por lo tanto, el camino que hemos de recorrer es: anunciar y dar testimonio de Dios, que es amor y la única luz que ilumina el corazón del mundo; dirigir la mirada al Dios vivo, garante de nuestra libertad y de la verdad; ofrecer a Cristo para que el hombre halle su pleno desarrollo; y dar razón de la esperanza a través de una acción catequizadora que muestre que creer es iniciar, crecer y vivir un camino de libertad, de verdad y de vida³.

NUEVA CATEQUESIS PARA NUEVOS TIEMPOS

La situación que acabamos de describir nos obliga a todos a emprender, con una nueva ilusión y con gran esperanza, la tarea evangelizadora que suscite la fe en quien no la tiene o en quien la perdió; que dé las bases sólidas y esenciales de la vida cristiana, mediante la catequesis, a quien acoja el mensaje de la salvación traído por Jesucristo; que haga cristianos adultos, que en medio del mundo puedan socializar su fe y saber impregnar las estructuras sociales y culturales de los valores del Reino de Dios. Una nueva evangelización que incorpore nuevos cristianos a nuestras comunidades y





forme y fortalezca la fe de los antiguos. Es necesario descubrir la urgencia de la nueva evangelización hoy en una Iglesia en la que la mayoría de sus bautizados están alejados de la fe o son indiferentes ante ella, además de urgir a proclamar el kerigma a todo aquel que nunca se encontró con Jesucristo, el Dios hecho hombre.

El papa **Pablo VI**, en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, definía la evangelización como “llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad..., pero no hay humanidad nueva sin hombres nuevos...”⁴. “Evangelizar es alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad”⁵. Esta evangelización de la que nos habla el Papa se realizaría mediante un proceso que se entiende como un **itinerario de fe** hacia la vida en Cristo que, según nos señala el *Directorio General para la Catequesis*, supone un camino bien definido⁶:

- Un recorrido misionero o de primer anuncio, por el que, mediante el testimonio, el diálogo y la presencia de la caridad de los cristianos, se anuncie explícitamente el kerigma, núcleo esencial y básico de la fe, y se llame a la primera conversión. El oyente,

desde su libertad, si acoge a Jesucristo y lo acepta como el Señor de su vida, comienza un camino de seguimiento al Señor desde la fe.

- Sigue un tiempo de profundización en lo básico y fundamental de la fe y de la vida cristiana por medio de la catequesis, en la que se inicia al catequizando en los misterios cristianos y en hacer que viva la comunión con Cristo y haga un proceso de conversión personal, haciéndose un hombre nuevo. En este proceso catequético, de manera sistemática y orgánica, se transmite en integridad el mensaje cristiano y se ejercita al catequizando en la vida cristiana mediante las tareas propias de la catequesis: conocer, celebrar, vivir y orar la fe, junto con el espíritu misionero y la vida comunitaria.

- Al terminar el proceso catequético y habiendo recorrido el itinerario de fe, consolidada y madurada esta, los fieles cristianos se incorporan a la comunidad cristiana, donde continuarán creciendo y viviendo su fe a lo largo de toda su vida.

Según esto, hoy, la iniciación a la vida cristiana requiere de una nueva catequesis que lleve al hombre a penetrar en los Misterios de Dios y en la vida de la fe, a incorporarse a la comunidad cristiana y renovarla.

Es necesario que pasemos de la herencia a la propuesta, que vivamos en apertura al mundo, a la cultura..., para que, dialogando con el mundo,

podamos iluminarlo con la semilla del Evangelio, cumpliendo así la Iglesia con la misión de engendrar nuevos hijos mediante la propuesta de la fe. Creemos que el problema de fondo es la falta de fe y la ramplona vida de santidad de los creyentes. Es necesario anunciar sin fisuras la propuesta de Jesucristo, para hacer suscitar la fe y el seguimiento en los catequizandos.

La catequesis no puede ser una mera instrucción religiosa, ni un camino que lleve a recibir un sacramento sin experiencia religiosa, ni algo solo propio de niños o adolescentes. Este era el concepto de catequesis de una sociedad cristiana donde la fe se respiraba por todos los poros, estaba socializada, se iniciaba en la familia y la catequesis la completaba dando una formación doctrinal. Pero, como hemos dicho, la sociedad de hoy ha cambiado. Hoy necesitamos una nueva catequesis que se ponga al servicio de la iniciación cristiana, una iniciación cristiana que –como señalan los obispos españoles– “sea la inserción de un candidato en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, y en la Iglesia, por medio de la fe y de los sacramentos”⁷, la cual haga madurar al catequizando en su vida de fe.

La catequesis es el **momento esencial del proceso evangelizador**, y está al **servicio de la iniciación cristiana**. Para dar comienzo, es imprescindible haber despertado a la fe. Sin fe no puede darse el itinerario cristiano. Si al empezar la catequesis no se ha despertado la fe de los catequizandos, es necesario que sea esto lo primero que se tenga que emprender.

RESPONSABILIDAD Y FUNCIONES DEL SACERDOTE

Ante la nueva evangelización y el nuevo paradigma catequético, el presbítero, como pastor de la comunidad cristiana, ha de tener un papel determinado y ha de ejercer una función singular. La tarea de la catequesis corresponde a toda la comunidad cristiana. Pero, dentro de ella, a cada uno de los miembros del Pueblo de Dios le compete ejercer una función específica según su condición⁸. El obispo, como primer catequista y

responsable de la auténtica transmisión de la fe. El presbítero, como pastor y educador de la comunidad cristiana. Los padres de familia, como los primeros educadores de la fe de sus hijos. Los religiosos, como signos vivientes de la radicalidad del Reino. Los laicos, como incansables anunciadores del Evangelio en medio del mundo y transformadores de las realidades mundanas según el plan y el proyecto de Dios. Todos igualmente responsables de la tarea evangelizadora, pero cada uno con una misión específica y, a su vez, complementaria.

El papa Juan Pablo II dirá que “los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor, proclaman con autoridad su Palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el bautismo, la penitencia y la eucaristía; ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu. En una palabra, los presbíteros existen y actúan para el anuncio del Evangelio al mundo y para la edificación de la Iglesia, personificando a Cristo, Cabeza y Pastor, y en su nombre”⁹. *Ahora bien, ¿cuál debe ser la función específica que se demanda del presbítero en el ejercicio del ministerio de la Palabra desde la catequesis?*

“El Señor llamó a los que él quiso para que estuvieran con Él y para enviarlos a anunciar su Evangelio” (Mc 3, 14). El sacerdote ha sido elegido por Dios de entre los miembros de su pueblo, para que, por medio de la imposición de las manos, represente en la comunidad cristiana a Cristo¹⁰ y realice la tarea de enseñar, santificar y ser pastor, como colaborador del obispo y bajo su autoridad¹¹.

Al recibir el Sacramento del Orden, el presbítero es enviado para entregar aquello que por sus propias fuerzas no puede dar, a fin de que actúe en nombre de Otro y sea Su instrumento vivo. Ningún hombre puede hacerse por sí mismo sacerdote, ni ninguna comunidad cristiana puede promover por decreto a nadie para ello; solo se puede recibir este sacramento si la elección proviene de Dios, ya que



solamente el que envía puede decidir a quién envía, y más cuando la persona se va a convertir, por medio del sacramento, en la voz y en las manos de Cristo en medio del mundo¹².

La concreción de la llamada del Señor al sacerdote hace que, en primer lugar, viva con Él, tengan ambos una relación íntima. El presbítero será llamado a conocer y a amar personalmente a Cristo, a vivir con Él, a estar cerca de Él. Ese trato con Jesucristo se realiza mediante la oración y la participación en los sacramentos, y es en ella donde el Señor comunica a sus elegidos los sentimientos del Buen Pastor y se hace amigo suyo y, a la vez, les encomienda una tarea, que consiste en predicar su mensaje y continuar su misión. Este servicio deben hacerlo en su nombre, representándolo, transparentándolo, haciendo sus veces, bajo la acción del Espíritu Santo, que es el artífice del ministerio encomendado y el que vendrá en ayuda de la debilidad del presbítero.

El presbítero es ministro de la Palabra, es decir, es responsable del anuncio directo del mensaje salvador del Señor a todo hombre, tanto en el primer anuncio como en la catequesis y en la predicación constante de la Palabra a los convertidos. La catequesis quedaría dañada sin la participación activa del sacerdote, pues, como pastor de la comunidad, ha de estar impulsando y animando el proceso central de la iniciación cristiana.

¿Cuáles son las tareas que les son propias al sacerdote en la catequesis?

El sacerdote, oyente de la Palabra

Antes de ser pregonero de la Palabra de Dios, es necesario que sea oyente de esta y, desde ella, se identifique con Cristo. “El Señor los llamó para que estuviesen con Él y para enviarlos a predicar” (Mc 3, 14); por ello, la misión que el Señor encomienda a sus Apóstoles es doble: vivir con Él y enviarlos a predicar. Para ambas cosas les ha llamado. Esta doble dimensión especifica la tarea del sacerdote. Una no se entiende sin la otra. Ambas son necesarias porque son complementarias. La relación con Dios y el trabajo pastoral son su ministerio sacerdotal.

El sacerdote debe vivir una intensa comunión con Cristo, pues viviendo con Él se identifica con Él y continúa su misión.

El sacerdote, ministro de la Palabra

Uno de los cometidos básicos del sacerdote es ejercer como heraldo de la Palabra. Por este ministerio, el sacerdote está vocacionado a evangelizar a todos con la Palabra del Señor, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe y conduciendo a los creyentes a un conocimiento cada vez más profundo del misterio de Cristo, revelado y comunicado a los hombres. Como buen pastor, el sacerdote ha de implicarse en la evangelización como

tarea esencial de su misión mediante el testimonio y la Palabra, haciéndose presente en la vida de las personas y de la comunidad cristiana.

El despertar a la fe y el primer anuncio es competencia suya, y ha de hacerlo mediante el ejercicio de su propio ministerio. Al mismo tiempo, el sacerdote se implicará seriamente en los procesos catequéticos de la comunidad cristiana. Deberá coordinar todas las plataformas educativas para que confluyan en la misma dirección de iniciar cristianamente: la familia, la catequesis, los grupos sociales, la escuela, la enseñanza religiosa escolar, los movimientos y asociaciones...

Se ejercerá en el ministerio de la Palabra preparando la homilía en su contenido y en su exposición, realizando catequesis ocasionales y litúrgicas, propiciando la lectura comunitaria de la Palabra de Dios, la formación cristiana, los ejercicios espirituales y las jornadas de retiro, el acompañamiento y la dirección espiritual...

El sacerdote suscita y discierne vocaciones para la catequesis

Es competencia del presbítero suscitar, discernir y seleccionar vocaciones para la catequesis entre los miembros de la comunidad en los que vea signos de la llamada de Dios. Posteriormente, los acompañará en

el ejercicio de esta tarea como Cristo lo hizo con los Apóstoles.

El sacerdote, formador de catequistas

La comunidad cristiana, última responsable de la catequesis, ejerce la tarea de la iniciación en la fe por mediación de unos catequistas competentes en su formación espiritual, doctrinal y pedagógica, coordinados y animados por el párroco. Este, como pastor de la comunidad, después de seleccionar a los que han de ejercer el ministerio catequético, ha de cumplir con la misión de cuidar y organizar la formación de todos ellos: tanto la formación básica inicial como la formación permanente, debiendo poner en ello un empeño especial por la importancia que la formación tiene para el buen desarrollo de la catequesis. De la misma manera que Jesús después de elegir a los Doce los fue formando poco a poco en los secretos del Reino, el sacerdote deberá formar a los catequistas en lo que respecta a su crecimiento cristiano y a su capacitación para la misión, mediante diferentes formas e itinerarios.

El sacerdote, acompañante espiritual

En el proceso de crecimiento y de maduración de la fe y de la vida

cristiana de los catequizandos, además del acompañamiento de grupo, deben estar acompañados personalmente para poder personalizar su fe, pues cada persona en sus circunstancias, sus luchas, sus interrogantes, sus problemas, sus dificultades... ha de responder a la llamada que Dios le hace en los diferentes momentos de su vida y, en ellos, debe discernir la voluntad de Dios bajo la acción del Espíritu Santo, para alcanzar la plenitud de la vida cristiana. Es este uno de los campos de actuación especial del sacerdote en el proceso catequético.

Del mismo modo que el sacerdote acompaña a los catequizandos en su vida espiritual, lo debe hacer con los catequistas, tanto en el ejercicio de su tarea como en el camino hacia su madurez cristiana. Los catequistas trabajan comunitariamente con el presbítero para llevar adelante la catequesis de la comunidad, pero no pueden olvidar que, por la importancia y el significado de su ministerio, deben ser ellos los primeros en progresar en su vida de fe, pues nadie da lo que no tiene, y, para que ese avance se haga efectivo, entre otras cosas, han de estar acompañados personalmente en su vida cristiana. Así pues, el sacerdote cuidará con suma delicadeza y esmero la dirección espiritual del catequista, lo mismo que la del catequizando.

El sacerdote, responsable de la planificación, programación y organización de la catequesis

En el *Directorio General para la Catequesis* se dice que otra de las tareas específicas del presbítero en la catequesis es "...cuidar la orientación de fondo de la catequesis y su adecuada programación, contando con la participación activa de los propios catequistas, y tratando de que esté bien estructurada y orientada... Integrar la acción catequética en el proyecto evangelizador de la comunidad y cuidar, en particular, el vínculo entre catequesis, sacramento y liturgia; garantizar la vinculación de la catequesis de su comunidad con los planes pastorales diocesanos, ayudando a los catequistas a ser cooperadores activos de un proyecto diocesano común..."¹³.



La misión de la pastoral catequética lleva implícita la planificación, animación, coordinación, dotación de instrumentos apropiados, preparación de catequistas capacitados y evaluación de los procesos catequéticos.

La formación catequética del sacerdote

Los presbíteros deben tomar conciencia de su responsabilidad como “educadores de la fe”¹⁴ y han de saber la manera concreta y eficaz de hacer progresar y de vivir la fe de aquellos que la Iglesia les ha confiado. Para todo ello, es necesario que se cuide la formación catequética de los sacerdotes, tanto en los planes de estudio de los seminarios como en la formación permanente de los sacerdotes a lo largo de toda su vida. El *Directorio General para la Catequesis* encomienda a los obispos que esta formación sea exquisitamente cuidada¹⁵.

CONCLUSIÓN

Como ministerio de la Palabra, es parte de la esencia del ser sacerdotal la constancia en el anuncio de Cristo. Anunciar el mensaje de la Buena Noticia, con ánimo y esperanza, confiando en la gracia de Dios y en la presencia del Espíritu Santo, principal protagonista de la misión evangelizadora, es la tarea del presbítero, pues el anuncio de la salvación hace Iglesia, y esta vive, como centro de su existir, de la celebración de la Eucaristía. Pero “el sacerdote no enseña ideas propias, una filosofía que él mismo se ha inventado, encontrado, o que le gusta; el sacerdote no habla por sí mismo, no habla para sí mismo, para crearse admiradores o un partido propio; no dice cosas propias, invenciones propias, sino que, en la confusión de todas las filosofías, el sacerdote enseña en nombre de Cristo presente, propone la verdad que es Cristo mismo, su Palabra, su modo de vivir y de ir adelante... El sacerdote siempre debe hablar y actuar así: ‘Mi doctrina no es mía, no propago mis ideas o lo que me gusta, sino que soy la boca y el corazón de Cristo, y hago presente esta doctrina única y común, que ha creado a la Iglesia

y que crea vida eterna”¹⁶. Por otra parte, al enseñar, el sacerdote entrega la Tradición viva de la Iglesia que se actualiza en cada momento histórico por medio del servicio del Magisterio.

Los sacerdotes siguen convocados por el Señor a ser los primeros protagonistas de esta nueva evangelización, apostando por animar e implicarse en la realización de la nueva catequesis que la Iglesia quiere llevar a cabo. Ellos han de ejercer su servicio en la catequesis tal cual lo hemos descrito. Pensamos que de esta manera, y asistidos por el Espíritu Santo, podrán realizar con “éxito” la catequesis al servicio de la fe y de la iniciación cristiana. Es preciso romper viejos moldes que no llevan a nada y abrir nuevos caminos de futuro



desde la creatividad y la esperanza. En nuestro tiempo, cuando parece que la fe corre el riesgo de apagarse como una llama que se extingue, la prioridad mayor de todas es la de hacer presente a Dios en nuestras catequesis y facilitar a los catequizandos el acceso a Él. Los sacerdotes no deben tener miedo de hablar de Dios y de mostrar sin complejos los signos de la fe, haciendo resplandecer a los ojos de los que se inician en la catequesis la luz de Cristo.

La grandeza de haber sido elegido y llamado por el Señor al ministerio sacerdotal, en la pequeñez y en la debilidad humana del presbítero, le hace experimentar que lleva un gran tesoro en vasijas de barro, un tesoro que no es suyo, pero que, seducido por él, ha puesto su propia vida a su servicio. Dios sigue llamando, sigue necesitando a sacerdotes santos que proclamen sin miedos la Buena Noticia del Evangelio en el mundo y a los hombres de hoy. Agradecemos a Dios el don precioso del sacerdocio que ha regalado a su Iglesia. Agradecemos a Jesucristo que nos siga llamando a todos hoy a trabajar en su viña, haciendo presente una nueva evangelización y una nueva catequesis.

NOTAS

1. Cf. C. HUMMES, “La decisiva responsabilidad de los presbíteros en catequesis”, en *Actualidad Catequética*, 217-218 (2008), pp. 31-40.
2. Ofrezco tan solo, de modo sucinto, una descripción de la realidad social, eclesial y cultural. Podemos encontrarla de un modo más preciso y exhaustivo en: BENEDICTO XVI, *Discurso en la Universidad de Ratisbona* (13 de septiembre de 2006); *Discursos a la Pontificia Academia de las Ciencias* (28 de enero de 2008 y 31 de octubre de 2008); *Discurso al mundo de la cultura en París* (12 de septiembre de 2008); CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Impulsar una Nueva Evangelización*. Plan Pastoral 1990-1993; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Yo soy el Pan de Vida. Vivir de la Eucaristía*. Plan Pastoral 2006-2010; COMISIÓN DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Plan de Acción de la Subcomisión Episcopal de Catequesis 2007-2010*; COMISIÓN DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *El Catequista y su Formación*, Madrid, 1985, 5-10; COMISIÓN DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La Catequesis de Adultos*, Madrid, 1991, 12-30; JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Christifideles laici*, Madrid, 1989, 3-6.
3. Cf. COMISIÓN DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Plan de acción 2007-2010*.
4. PABLO VI, *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi* (EN), 18.
5. EN, 19.
6. Cf. *Directorio General para la Catequesis* (DGC), 48 y 49.
7. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, Madrid, 1999, 19.
8. Cf. DGC, 220-231.
9. JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis*, Roma, 1992, 15.
10. Cf. Decreto *Presbyterorum Ordinis* (PO), 2.
11. Cf. Constitución *Lumen Gentium* (LG), 28.
12. En el artículo J. RATZINGER, “Sobre la naturaleza del sacerdocio”, *Teología y Catequesis*, 41-42 (1992), pp. 37-49, podemos encontrar una preciosa explicación de lo que el Sacramento del Orden realiza en la persona que lo recibe para la misión a la que es convocado.
13. DGC, 225.
14. PO, 6; DGC, 224.
15. Cf. DGC, 234.
16. BENEDICTO XVI, *El sacerdote representa a Cristo*, 2.